

obstante, sus enemigos políticos no olvidarían su odio contra él. Así, dice Lafuente, fue “de nuevo molestado después de la reacción de 1823, y abrumado de disgustos, menguada su hacienda y perdida su salud, murió en 1828, en Alicante, donde había sido Comandante general, sin que el gobierno permitiese siquiera poner sobre su féretro la espada que voluntariamente había desenvainado y con tanto interés blandido en defensa del trono y de la independencia de la patria”. Es

muy posible que esta persecución implacable de los absolutistas contra el conde de Pino-hermoso, demostrada hasta después de su muerte, estuviera motivada, no sólo por razones políticas, sino porque en la mente enferma de alguien aún se guardaba el rencor, no olvidado después de tantos años, por haber obligado al rey a dormir en un sitio en el que no deseaba hacerlo.

*F.F.*